

# REVISTA

DE

# ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

## SUMARIO

Á la señora viuda Rivail. — Primera base del progreso efectivo. — ¿Puede el Espiritismo denominarse Religión? — La oración. — ¡La miseria! — Nuestros desatinos. — Ejercicios medianímicos. — Variedades. — Crónica. — Anuncio.

Á LA SRA. VIUDA

RIVAIL, ALLAN KARDEC

*Que pasó á mejor vida el 21 de Enero último*

Á la excelente compañera de nuestro inolvidable maestro y una de las más distinguidas, decididas y entusiastas propagadoras del Espiritismo, tributamos nuestros recuerdos y deseamos que en regiones más serenas encuentre la verdad que aquí buscamos con afán y el premio de sus virtudes como esposa cariñosa del inmortal filósofo.

Con este lenguaje nuevo para muchos quiero aludir al admirable consorcio de fuerzas diversas, que concurren al fenómeno del progreso en nosotros.

Las fuerzas más visibles del cambio son EL AMOR, el *vencimiento en nosotros de las malas inclinaciones*, el ejercicio de la razón por motivo desinteresado de la verdad y el bien, LA HUMILDAD para no creerse superiores y recibir en cambio lecciones ajenas usando del destello de nuestra inteligencia, los *esfuerzos para la virtud, la perseverancia científica, el reconocimiento á Dios manifestado por la gratitud*, que en lenguaje místico se llama *oración*; pero soldadas á estas fuerzas vienen otras en el orden del espíritu, en el orden evidente de los fluidos y sus manifestaciones y efectos, y en el orden de la solidaridad total, que extienden la cadena de nuestros movimientos desde el pobre mortal hasta la inmensidad de los cielos en que se agita la vida intelectual del conocer, la vida del sentir y la vida del querer, que no son indiferentes, porque no pueden serlo, á los actos nuestros de progreso y subir hacia Dios.

Porque el progreso es el misterio secreto de acercarnos á la verdad, á la belleza y al bien; y cuando hacemos esto nos acercamos á Dios que se nos manifiesta en múltiples caminos de dicha y sorpresa, conducentes todos á sus divinas atracciones.

La ciencia, ó sea la libertad humana, asociada á la fe filosófica, que nos descubre el gobierno divino, explica fenómenos de progreso que antes se llamaban milagros. No hay milagros, sino hechos naturales que por múltiples motivos dan direcciones determinadas á la actividad del hombre. Así se explican sin misterio la predestinación de Jesús á realizar su misión; la conversión radicalísima de San Pablo tan elocuente en hechos asombrosos de inteligencia inspirada y de voluntad indomable para el bien; la conversión de San Agustín, y otros fenómenos notables de progreso que sería prolijo citar.

Demasiado nos hemos extendido en estas consideraciones, que acaso sean prematuras. Volvamos al asunto del progreso.

Si nos estudiamos, podremos sorprender en nosotros los fenómenos del cambio, y entonces no necesitamos las pruebas ajenas sino como corroboración de las nuestras. Esto exige vida religiosa.

La *espiritualización progresiva* es la que ha de determinar las funciones armónicas progresivas de la vida personal y social.

La inteligencia crece; la sensibilidad se perfecciona; la voluntad toma modalidades cultos, y de este conjunto de sensatez, de reflexión, de cordura, de bondad, nace en el hombre hábito de juzgar sin rencor las debilidades del semejante, deseos de cooperar con paciencia á la reforma de todos y propia, amor y dulzura para enseñar y ser enseñado con firme convicción de que los dardos del mal no pueden triunfar sobre el bien.

De esta *espiritualización progresiva* se derivan más tarde su generalización

y sus triunfos; y más tarde los cambios de instituciones y organismos sociales.

No otro ha sido el secreto del progreso cumplido que hemos visto en nosotros mismos los hombres, desde el paganismo hasta nuestros días.

Los errores voluntarios ó involuntarios nacidos de la limitación humana, no pueden contradecir el hecho patente histórico del progreso debido á la espiritualización progresiva; y para corregir los errores nuestros cometidos por el entusiasmo excesivo ó la debilidad en las interpretaciones cristianas, tenemos hoy las mismas verdades del cristianismo auxiliadas por la ciencia y la filosofía modernas.

Por lo tanto, podemos marchar tranquilos y seguros por este camino de ejercicio cristiano de amor y humildad sin que nada nos turbe.

La humildad ya hemos visto cómo se impone al mal en la historia pasada y presente.

En cuanto á las dificultades de dar pase á la verdad, no hay para ella más autoridad que la propia conciencia y la universalidad de su aceptación, una vez que no es ley para nuestra razón la pluralidad de votos de un concilio externo y extraño á nuestro propio progreso.

*La espiritualización progresiva* es la conquista nuestra y del mundo, y la mejor gestión de ambas cosas.

Procurar la mejor organización social y la mejor dirección de nuestra actividad, entra en los principales fines de ese progreso.

Armonizar fuerzas y elementos legítimos, del espíritu, de la materia y de la vida, es ó debe ser el resultado inmediato del progreso que se vaya cumpliendo en nosotros.

Y sobre todo trabajar sin descanso para que los hombres todos sin excepción reconozcan al Creador y á sus leyes como guía suprema de las existencias.

Esta es la base primera de la que emanan todas; y de esta partió Jesús, que es el modelo del hombre, y que yo he tomado como arranque de mis bosquejos.

Antes, cuando Jesús era Dios, algunos hombres podían tener razón en declarar que no podían imitar las virtudes de la Perfección infinita que estaba fuera de su alcance finito y limitado; pero hoy que Jesús es un hombre, no puede admitirse excusa legítima para no reconocerlo como superior y maestro.

En vez de perder quedándonos sin la divinidad de Jesús, hemos ganado mucho.

La doctrina sencilla de Jesús, *su enseñanza moral, es la piedra fundamental del progreso.*

LA HISTORIA LO DICE CON HECHOS ELOCUENTES.

Pero no confundamos la historia general con la limitada y exclusivista de secta.

*La moral de la espiritualización progresiva* viene de muy atrás. Budha fué uno de sus intérpretes.

Los adelantos del mundo se deben á ella.

Nuestras peregrinaciones en el tiempo la han buscado como fuente regeneradora.

Ella impulsó á los mártires.

No olvidemos que nos hemos dejado devorar de los leones y quemar de las hogueras por ella, y porque la acción providencial la grabó de tal modo en nuestras conciencias, que con esa fuerza divina vencimos al mundo con la resignación y la humildad.

Los hombres de la carne tal vez no tengan ojos para ver esta verdad, que es preciso sentirla, conocerla y amar sus influencias. ¿Cómo se habría arraigado en el mundo el sentido del derecho y del deber sin aquellas hecatombes de los circos que dieron testimonio de la verdad celeste que impulsó á los mártires?

Roma pretenderá acaparar para su seno y sus hijos esta gloria; pero antes que á ella corresponde á los mártires de la libertad de pensar y á los obreros del progreso, que han salido de ella porque niega la fuente de regeneración de esa libertad y de ese progreso. No confundamos atribuciones, glorias y honores, ni víctimas con verdugos. El triunfo y la gloria es de la espiritualización progresiva, de la libertad de conciencia, de la filosofía racional, que libremente abandonó el paganismo para abrazar á Cristo, arrastrando la muerte y confiscación de bienes mundanos, de los hijos de la ciencia que estaban ávidos de luz y se asfixiaban entre los ídolos moribundos de una vieja y caduca sociedad puramente material, y que hoy se reproduce casi al pié de la letra.

¡No sé por qué secretos presentimientos me invade la ternura con estos recuerdos y brotan lágrimas en los ojos! ¡No sé por qué se oprime mi pecho y late mi corazón!... ¿Por qué son necesarios tantos sacrificios?... ¡Ah! ¡Ya lo sé: por la dureza de nuestros corazones en el cumplimiento de las leyes!.....

No puede haber progreso sino lo buscamos dentro de nosotros mismos. Lo sé CON CERTEZA. SIENTO SOBRE MÍ EL PESO DE TODA LA HISTORIA CUMPLIDA.....

Perdone el lector que haya dado rienda á fenómenos de mi sentimiento.

Volvamos á Jesús, puerta, camino y vida; pero volvamos provistos de la ciencia y la filosofía racional. Aliando esto al amor de su Padre nos habremos salvado.

(Continuará.)

MANUEL NAVARRO MURILLO.

---

### ¿PUEDE EL ESPIRITISMO DENOMINARSE UNA RELIGIÓN?

Han creído los hombres hasta ahora, que Dios quería sea adorado de tal ó cual manera y que con este fin se había revelado á ellos, es decir, han confundido el culto con la religión y cada uno ha creído oír la palabra del Señor del

modo que más le ha convenido. En un país, Dios ha querido que sus hijos le manifestasen su agradecimiento por medio de sacrificios humanos; en otro se ha contentado con que le inmolasen animales; aquí les ha dicho que para honrarle era preciso alimentar un fuego perpetuo; allí que bastaba con unas cuantas palabras y gestos dichas y hechos por sus representantes; en fin, preguntad á todos cuál es la verdadera religión y os contestará cada uno en particular que la suya es la mejor; y por ciertas ceremonias que jamás pudieron ser, ni entrañar verdadero conocimiento religioso, los hombres se han anatematizado, levantándose unos contra otros, regando la tierra con su sangre y sin emocionarse ante la maldición del herido y los ayes del moribundo, el vencedor ha ido á prosternarse ante el altar dando gracias á Dios por el triunfo de lo que á él le parece ser verdad.

¡Ah fanatismo, fanatismo, de cuántos crímenes eres responsable! Tú has armado el brazo fratricida, diciendo: esto es Dios; has autorizado el robo y el pillaje y atropellado al débil, gritando: esta es la moral. ¿Es posible que tales aberraciones hayan cabido en la mente de los hombres, que de tal manera les hayan dominado las pasiones que tomando por justicia lo que no era sino violación de los derechos y por virtud, los actos más desapiadados hayan escrito con sangre las páginas de la historia? Sí, todo esto y mucho más ha engendrado el fanatismo. Y sin embargo ¿dónde encontramos que los que enseñaron doctrinas á los pueblos les diesen reglas para la práctica de un culto externo? Los que, movidos por amor hacia la humanidad, predicaron una moral llena de misericordia y de caridad, jamás dijeron haber recibido revelaciones de Dios sobre la manera de manifestarle nuestros sentimientos; bien sabían ellos que la mejor manifestación es la que se hace en espíritu y verdad y en ella no caben prácticas y representaciones ridículas, sino obras buenas. En cuanto á los que por ambición se elevaron á legisladores alentados quizá también por el deseo de civilizar los pueblos, aquellos para consolidar su poder dijeron que el Creador quería ser adorado en acciones y en palabras; prueba evidente de ello son Moisés y Mahoma. Los primeros legisladores, es decir los desinteresados, comprendieron que el culto debía ser uniforme y para serlo bastaba la voz de la conciencia y el templo de la naturaleza. Los segundos más ambiciosos que humanitarios demostraron que Dios no podía ser adorado sino con fórmulas y esta parte externa, por ellos predicada y enseñada, no fué la que menos les ayudó á establecer su poder. Y no bastó que Cristo viniera al mundo y en su moral irreprochable dijese que á Dios sólo se le adoraba en espíritu y en verdad, de nada sirvió que su discípulo Juan lo repitiese para que los partidarios de la Buena Nueva fuesen dogmatizándola, llenándola de misterios, de sofisticaciones y de contradicciones, apartándose del compendio y de la epopeya del Cristianismo, el sermón de la montaña. Por eso cuando nos preguntan qué religión es el Espiritismo, contestamos que no lo

es y si como argumento se nos opone que el Espiritismo es el Cristianismo y por consecuencia una religión, teniendo además por base una revelación, responderemos que el Cristianismo como el Espiritismo es la religión universal en su pristina pureza, adulterada después por los hombres, copiando servilmente y para sus propios fines, las fórmulas que bien les pareció, hasta las del Paganismo y esto mismo podría suceder con el Espiritismo, puesto que cuando brota una idea hija de la más perfecta revelación, surge al mismo tiempo el genio perverso que la ha de combatir. Nadie ha recibido la inspiración directa del Creador.

¿Puede lo finito comprender á lo infinito? ¿Quién creará que Moisés vió á Dios entre unas zarzas y le habló en su idioma? Esto sólo pudo aceptarlo un pueblo que tenía pequenísima idea del Gran Hacedor. No por estas razones negamos la revelación, al contrario: estamos persuadidos de que la revelación es un hecho constante y múltiple en sus manifestaciones; hay revelaciones de diversas clases, las unas científicas, las otras morales. Si las primeras pertenecen á los hombres, hemos de creer que las segundas también; si referimos las unas á Dios también las otras; en definitiva son siempre nuestros semejantes los que tales cosas nos han revelado aunque sea por sugestión divina y por más que rebusquemos su origen, en el fondo, á Dios las hemos de atribuir. Sócrates enseñando á sus discípulos los principios del Cristianismo les reveló el bien moral y la línea de conducta que debe seguirse en esta pasajera vida para alcanzar la felicidad durante la eternidad. ¿Fué esta revelación, divina? Sócrates decíase inspirado por un genio superior á él y remontándonos con el pensamiento, este genio podía recibir la inspiración de otro y así sucesivamente. ¡Qué cadena tan larga desde Dios hasta el filósofo! El principio de esta doctrina fué, pues, divino, pero se humanizó al llegar á nosotros y quién sabe durante el trayecto las interpretaciones que se le dieron!

Si de la revelación moral pasamos á la revelación científica tomemos á Galileo por punto de partida. Al descubrir el gran astrónomo el movimiento de la tierra no se decía inspirado por nadie, y quién sabe si alguien le auxiliaba en sus estudios y le animaba á declarar públicamente lo que le valió la persecución. De todas maneras, Dios que había creado el mundo sabía el movimiento que le había impreso, tampoco lo ignoraban sus emisarios más directos y ¿quién osará afirmar que esta verdad no fué comunicándose de eslabón en eslabón hasta inspirar á Galileo, el cual observando y trabajando llegó á revelarla á los hombres? Estas cuestiones son muy hondas, contentémonos por ahora con saber que todo bien tiene su origen en Dios y que el hombre puede comprenderlo en grado infinitesimal, mediante sus esfuerzos y ensanchar este conocimiento á medida de su progreso.

Sentada, pues, esta teoría de la revelación que nos guardamos muy bien de

dar como absoluta; sino como algún tanto racional, dedúcese que; no habiendo para Dios ni pasado, ni porvenir, no existiendo para él ni espacio, ni tiempo, viviendo y moviéndonos nosotros en *el mismo* según la expresión del apóstol Pablo, necesariamente todas las verdades que poseemos no pueden venirnos sino de Dios que las sabía ya desde un principio y que sin revelárnoslas clara y directamente, permite que con nuestro trabajo las vayamos descifrando: así existe por doquiera una revelación constante y continua más ó menos marcada, según la humanidad tiene precisión de ella. Cristo fué un revelador; otros han pretendido serlo y no lo han sido. Preguntad á las religiones; á todas indistintamente se les ha manifestado Dios. Parécenos, sin embargo, que no era menester que nuestro Padre común se revelase tantas veces para decir siempre la misma cosa; pues todas las religiones tienen por base el conocimiento del Sér Supremo y la supervivencia del alma, á lo cual han agregado un culto puramente humano, á fin no de homrar á Dios, sino con sus productos mantener esa pléyade de sacerdotes que llamándose mediadores entre el cielo y la tierra, han vivido en brazos de la molicie y de la inactividad á cualquiera religión que hayan pertenecido, el tiempo y el lugar en que han nacido. En esto se diferencia el Espiritismo de todas las religiones.

El Cristianismo espiritualizó el sacrificio; reemplazándolo por la oración dicha primero en lóbregas catacumbas y en magníficos templos después; el Espiritismo ha divinizado la plegaria, dándola por intérprete el pensamiento, por santuario el corazón, por templo la creación entera. El Espiritismo está fuera de todos los cultos, nadie le ha dictado fórmulas para pagar tributo de agradecimiento al Creador, por esto si bien recibe el nombre de revelación, no puede denominarse una religión. Si por esta palabra se entendiese solamente el conocimiento de Dios y de sus atributos, el alma y su destino el Espiritismo sería una religión, pero como quiera que al pronunciar este nombre se sobreentiende una parte externa, el Espiritismo no puede apellidarse tal. Todos decimos la religión de Confucio, la religión de Moisés, pero no la religión de Sócrates sino la doctrina de Sócrates, la filosofía de Platón, etc., porque estos últimos sólo atendieron al culto interno, á las acciones de los hombres. El Cristianismo se llama también religión; mas en el sentido que se da á esta palabra es una equivocación. Jesús no dijo nunca que había venido para fundar una nueva religión, sino para enseñar la verdadera ley de Dios. Cristo sólo decía: yo soy la verdad, soy el camino que conduce al Padre, quien en mí crea será salvo: y para demostrar que su doctrina triunfaría de todas las creencias profesadas por los hombres, añadía: el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no. También en forma alegórica predijo la era del Espiritismo, profetizando que los hijos y las hijas de las postreras generaciones profetizarían, que los mancebos tendrían visiones y los ancianos sueños. En ninguna parte del Évangelio se halla la palabra religión; el Redentor,

repite á menudo amor, caridad, misericordia, perdón, justicia, nunca religión. Probablemente, en aquellos tiempos se daba ya á esta palabra la misma interpretación que ahora, motivo por el cual Jesús no la pronunció. El que en un lugar dijo que á Dios se le adoraba en espíritu y en verdad no iba á contradecirse en otro, hablando de exterioridades, nacidas del sentimiento religioso. Si el Cristianismo hubiese continuado tan puro como lo enseñó Cristo, no hubiese dado lugar á que se le hubiera llamado una religión; pero los judíos y los gentiles que en aquella época se convirtieron á la nueva doctrina, no se encontraron bastante desmaterializados para prescindir enteramente de un culto, y empezando por una sencilla crucecita revistieron luégo el Cristianismo con tantos y tales ritos, que más bien pudo creerse en el advenimiento de un nuevo modo de adorar á Dios que en el de una nueva moral.

Todas estas consideraciones aplicadas al Cristianismo lo son con mayor motivo al Espiritismo; cuanto más se basa nuestra bella doctrina en las palabras de Jesús, menos merece el nombre de religión: bien puede llamarse revelación porque nos fué enseñada, revelada, primero por Cristo y luégo por los espíritus, pero estando como hemos dicho fuera de todos los cultos y siendo su práctica tan uniforme en un lugar como en otro, el Espiritismo sólo es una filosofía que tiene sobre las demás escuelas la ventaja de poder comprobar sus verdades y de ninguna manera puede llamarse una religión porque ni su fundador denominó así sus enseñanzas, ni en palabras, ni en acciones hizo algo que á culto se pareciera. Los espiritistas llaman á su doctrina la *religión universal*; esto ya está más puesto en razón, porque en definitiva á ella han de venir á parar la parte sana de las demás religiones por de pronto, y luégo con el discurso de los siglos, todos los hombres, pues el buen Padre no permite nunca que se le pierda ninguno de sus hijos por malo y pródigo que sea.

MATILDE FERNÁNDEZ DE RAS.

---

## LA ORACIÓN

---

De la oración rutinaria á la oración real y suprema del espíritu, hay una distancia inmensa.

La primera es aquella que se practica por costumbre ó fanatismo, sin motivo fundado y, por consiguiente, sin fuerza alguna moral; es la que sólo pronuncian los labios sin que el espíritu se identifique en ella; es la oración tradicional que las religiones han ido legando á las humanidades como una fórmula necesaria á la crasa ignorancia que siempre las ha dominado; es la frase inútil y gastada que

sólo sirve para perder un tiempo precioso; es el constante alimento de los fanáticos, el recurso de los ignorantes y el templo donde acuden los hipócritas para mostrar á la sociedad una santidad que está muy lejos de existir.

La segunda, la verdadera oración, es esa nota dulcísima que sólo se deja oír en los instantes supremos en que el espíritu, abrumado por el dolor, está próximo á sucumbir en las luchas terrenales, ó bien en esos momentos en que el alma reconoce el bien adquirido, y, con todo el sentimiento de gratitud, da gracias al Supremo Sér; entonces, los labios enmudecen, y el espíritu solo, con la pureza de su lenguaje, sin engaño ni falsía, pronuncia su más sentida oración.

La oración, en sentido filosófico, es la voz del alma con todas sus armonías, con toda su elocuencia, con toda su fe.

La madre cariñosa que ve en peligro la vida de su hijo y que, con afanosa mirada, sigue todos los cambios de la enfermedad ejerciendo una pasmosa actividad en proporcionarle los medios que le puedan mejorar, aquella mujer, sin murmurar una frase ni postrarse ante ninguna imagen, ora profundamente, y le pide al Señor la salud del hijo amado; pero entonces, ora el alma con la intensidad de su amor y con la magnitud de su sentimiento, así como ora inundada de placer, cuando aquel hijo se restablece. Y lo mismo sucede en cada obra buena que se practica.

Todo acto noble que el espíritu ejecuta en la vida, es una oración purísima, profunda, elocuente, que sana la viciada atmósfera en que vivimos. Cada pasión que dominamos, cada obstáculo que vencemos, cada lucha que sostenemos en pro del bien, y cada paso que damos hacia la perfección, son otras tantas oraciones que el espíritu pronuncia en el hermoso santuario de su conciencia.

Orar, significa elevar el pensamiento á Dios, lo mismo en la felicidad que en el infortunio en la una, como un sentimiento de gratitud nacido del alma; en el otro, como una súplica ferviente para adquirir mayores fuerzas.

Orar, es también el estricto cumplimiento de nuestros deberes, el amor al prójimo, la tolerancia digna hacia sus semejantes, y todo lo que constituye la modificación de nuestros defectos.

El que es virtuoso, está en perpetua oración, porque constantemente practica el bien; siendo éste el mejor templo donde el alma debe replegarse para dirigirse á Dios. Pero esa oración rutinaria que sólo se pronuncia á una hora determinada, más con los labios que con el corazón, no significa nada, porque, en ella, no existe la gratitud del bien recibido, ni la fe en lo que se va á pedir, ni la esperanza de que se le conceda, sino la mera fórmula ó, mejor dicho, la costumbre de decir unas cuantas frases, muy buenas todas, pero que, generalmente, la mayoría de los que las pronuncian no saben apreciarlas en su justo valor.

Muchos tienen la costumbre de murmurar una oración todas las mañanas al

despertarse, y á pesar de esto, emplean el día en actos completamente contradictorios á lo que piden en su oración cotidiana; probándonos por este medio, que la sola costumbre de orar es insuficiente para destruir las malas pasiones, y que, éstas, únicamente se corrigen con la decidida voluntad del espíritu.

La oración real nos da la calma en los momentos de aflicción, porque sentimos en nuestro sér su mágica influencia; la oración rutinaria es la frase estéril que sólo sirve de combustible al fanatismo religioso; la una, es la religión del alma; la otra, es esa máscara hipócrita que se utiliza para cubrir las apariencias.

La oración real, es ese sentimiento purísimo que va envuelto con el bien; la oración rutinaria, un libro en blanco que no dice nada.

La oración real, no tiene hora fija para pronunciarse ni tiene límite su extensión, porque es hija de las circunstancias, y, por consiguiente, espontánea y sincera; la oración rutinaria es el exagerado devotismo; pues, generalmente (y esto lo decimos por experiencia), los que practican esta clase de oración, son los que menos cumplen con sus principales deberes, toda vez que la tienen tan sólo como un recurso, á cuya sombra se cobijan para cometer toda clase de abusos.

Seres hay que oran por la mañana, por la tarde, por la noche y, sin embargo, son orgullosos, déspotas, vengativos; dándonos á comprender que su oración es infructuosa, y que su corazón no siente lo que tanto y tanto pronuncian con la boca.

Jesús les decía á sus discípulos: «Orad para que no entreis en tentación,» dándoles á entender, que emplearán el tiempo en obrar bien; pues, siendo virtuosos, estarían en perpetua oración y tendrían menos ocasión de pecar; y nosotros decimos lo mismo: oremos llevando el consuelo al afligido y el pan al necesitado; amparando al huérfano, protegiendo al desvalido, velando al enfermo, dirigiendo al pequeñito, instruyendo al ignorante, amando, tolerando y difundiendo luz en todas direcciones, y esta oración, sin duda alguna, será el perfumado incienso que nuestros espíritus podrán ofrecer al Señor desde este misero destierro que habitamos.

Ésta, pues, ha de ser nuestra oración predilecta, que debemos pronunciar á todas horas, porque es la oración *verdad* que tiene la pureza del niño, la fe del buen Cristiano, la filosofía del sabio, la fuerza de la lógica, la belleza de la poesía y la esencia del espíritu.

Ésta es, sí, la oración del progreso, grandiosa y sublime, donde el espíritu lo pide todo y todo también lo agradece, porque, practicando el bien, cumple con la hermosa ley de Cristo.

Es necesario que la humanidad sea más pensadora, que comprenda la oración en su esencia, que sepa distinguir lo lógico de lo absurdo, lo útil de lo inútil, la luz de la sombra.

De nada sirve la oración, si no va acompañada de la rectitud de la conciencia; como tampoco de nada sirve la teoría, si no va seguida de la práctica.

Oremos, pues, elevando el pensamiento á Dios y ajustando nuestros actos á la virtud: oremos con la fe de las madres y con la sinceridad del hombre honrado, y nuestra oración será oportuna siempre: oremos trabajando, sufriendo y gozando, y no seamos del número de los egoístas que sólo se acuerdan de Dios cuando el dolor les abrumba, ni rutinarios como los fanáticos, ni olvidadizos como los indolentes, sino activos, lógicos y sinceros; y, de este modo, ofrecemos al Supremo bien la célica oración de nuestro incesante trabajo en pro de la humanidad.

La ejecución del bien es la oración que eleva al espíritu por encima de la humanas miserias, la que despeja á la inteligencia mostrándola dilatados horizontes, y la que prodiga en abundancia suma las fuerzas morales.

Ante esa oración, las ideas se dilatan, y el alma formula su más candoroso idilio y su más pura expresión; oración suprema que la Tierra con su pernicioso hábito no puede manchar, porque el imán de los cielos la remonta á las esferas de la luz, donde los espíritus puros la recogen para transformarla en ópimos frutos que, más tarde, volvemos á recoger por medio de los beneficios que recibimos en compensación de cuantas obras útiles hemos practicado.

Oremos ante el egregio templo de la Naturaleza, estudiando sus secretos, admirando sus bellezas y haciendo que nuestra oración, extensa y sin límites, abrace desde el infortunio hasta la felicidad, para que su perfume santo sature á los humanos y los conduzca al templo de la razón, donde el progreso indefinido nos muestra su esplendor con la hermosura de la realidad.

CÁNDIDA SANZ.

Gracia, Febrero 1883.

## LA MISERIA!

Dice un economista inglés, M. Edwin Chadwick, «que la existencia penosa, odiosa y pesada en medio de privaciones de toda suerte á que están con frecuencia condenados los indigentes de las grandes ciudades, produce un triple deterioro intelectual, moral y físico.

«He hallado que existe indudablemente un lazo entre la criminalidad y las condiciones higiénicas. He adquirido la prueba de que los delincuentes por hábito son casi siempre individuos alojados en casas inhabitables, y que, desde la infancia, han sido dedicados á la vagancia.

«Puesto que la justicia cuesta cara; puesto que la prisión y la detención ocasionan gastos considerables, sin contar los perjuicios que resultan á los particulares del robo y de la estafa, y si el aumento del número de criminales está ligado á las condiciones higiénicas, es evidente que la mejora de esas condiciones, por cara que cueste, constituirá aún una economía de dinero.

«La degeneración física es igualmente costosa á la sociedad.

«La estadística establece que entre las poblaciones que gozan de una vida modesta pero cómoda, y de condiciones higiénicas suficientes, se eleva únicamente la mortalidad á un catorce por ciento.

«En las poblaciones en que estas condiciones higiénicas dejan que desear, la mortalidad llega hasta el setenta y setenta y cinco por ciento.»

Estamos muy conformes con estas apreciaciones: la miseria es perjudicial para el que la sufre y para los que la toleran; la humanidad desconoce sus intereses dejando que los unos acumulen inmensos capitales, mientras que otros carecen hasta de lo más necesario para la vida.

Prueba grande es para el espíritu ser en la tierra un buen rico, pero en nuestra humilde opinión, no es menos espinosa la de ser en este planeta un buen pobre, porque la miseria le hace descender al hombre á todas las humillaciones, á todas las torturas, á todas las situaciones más repugnantes y más contrarias á sus ideas, y se necesita una gran fuerza moral para resistir á las seducciones, á los halagos de los placeres, cuando se carece de lo más indispensable para vivir.

Al pobre se le mira con profundo desprecio. Ya dijo Quevedo: *que poderoso caballero es Don dinero*, añadiendo, no recordamos bien si él ó Cervantes, que «el hombre pobre ni tiene derecho á ser honrado.» Y es verdad; cuando un pobre frecuenta una casa, si desaparece cualquier objeto, en seguida se dice: — El pobre debe habérselo llevado; si con cierta clase de gente no se puede tener consideración...! Y el infeliz necesitado, aunque sea inocente, aparece culpable; y á veces, ¡qué heridas tan profundas se hacen á esos desgraciados á quienes nada se les concede!

Nunca olvidaremos á un pobre niño que contaría unos siete años; era de semblante agraciado, tenía unos ojos hermosísimos, y el pobrecillo pasaba su vida á la puerta de las iglesias acompañando á su abuela que era anciana y casi ciega.

Todos los días iba Pepito á casa de unos amigos nuestros á recoger la comida que sobraba, y como era tan simpático, aquella buena familia le tomó cariño hasta el punto que le hacían entrar y tomaba parte en los juegos de dos niños que continuamente le regalaban estampitas y otros juguetes. Viéndose tan atendido y acariciado, Pepito tomó gran confianza, pedía que le leyeran *los cuentos de la infancia*, y sus grandes y expresivos ojos se llenaban de lágrimas cuando escuchaba *Las aventuras de un huerfanito*.

Llegó la Pascua de Navidad y los amigos de Pepito pusieron un nacimiento con

todas las figuras de reyes y pastores, las cabritas, los camellos y demás accesorios.

Una tarde, que estábamos mirando aquella *ciudad de corcho* con sus ríos de cristal, sus bosques de pino y sus estrellas de talco, entró Pepito todo alborozado y juntando las manos con inocente asombro nos dijo:— ¡Qué bonito es esto! ¡Qué me gusta el niño Jesús!—Y se quedó extasiado mirando las montañas de cartón por donde descendían los Reyes magos.

Nos llamaron y salimos de la habitación, y al vernos salir, nos dijo uno de los niños:

— ¿Por qué ha dejado V. solo á Pepito? ¿No ve V. que nos puede coger algún muñeco, que le gustan mucho y él no tiene ninguno?

Aún no había concluido de hablar el mal pensado chicuelo, cuando vimos salir á Pepito pálido como un difunto; abrió la puerta rápidamente y mirándonos con indefinible desconuelo, nos dijo con acento conmovido:— ¡Todo lo he oído!... ¡todo!—Y bajó la escalera aceleradamente sin querer recoger la comida que ya le tenían preparada.

¡Cuánto leímos en la elocuente, en la significativa mirada de aquel pobre niño! ¡Qué herida tan profunda recibió su dignidad al ver que sospechaban de él!

Parecía imposible que un muchacho que pasaba el día en la calle, jugando á la puerta de los templos, tuviera tanta delicadeza de sentimiento. Tanta pena manifestó, que no quiso volver más á jugar con sus amigos, renunció á las estampas, á los juguetes, á las golosinas que aquellos le daban continuamente, y en un niño que carecía de todo su renuncia demostró una gran fuerza moral. Su pobre abuela tuvo que buscar otro mandadero, porque Pepito la dijo: que adonde se dudaba de su honradez no podía él entrar.

¡Cuántas veces habrá apurado la copa de la amargura aquel pobre sér que entró en el mundo bajo tan malos auspicios! Á no ser que el desprecio social le haya llegado á envilecer; porque muchas veces la misma sociedad crea al ladrón, porque como le niega todo sentimiento digno, despierta en aquel sér todos los malos deseos.

Los niños pobres siempre nos han llamado la atención, porque hemos visto en ellos una generación de mártires ó de malhechores; en la miseria no hay términos medios.

Vive en nuestra memoria un pobre niño que estuvimos viendo una ó dos veces por semana más de tres años; vendía arena; todo su traje consistía en un pantalón ancho de paño azul y una gran chaqueta de bayeta amarilla; y no representaba más que ocho años, tan pequeña era su estatura. En su rostro moreno pálido irradiaba la inteligencia; sus ojos eran pequeños pero muy vivos, eran dos diamantes negros de un brillo hermosísimo; su mirada era tan penetrante, tan significativa que llegaba al corazón; una ó dos veces por semana venía á ofrecernos su mer-

cancia igualmente que á los demás vecinos de la casa, y todos los inquilinos se habian acostumbrado tanto al pequeño Isidrin, que la semana que no venia se preguntaban unos á otros: ¿qué le habrá pasado al pobre Isidrillo?

Era un niño de buenos modales, muy respetuoso y muy humilde, lo que era bastante extraño porque, según él decia, no recordaba á sus padres, vivia en todas las calles de la Ribera de Curtidores, puesto que cada noche dormia en un portal ó en una escalera, siempre variando de domicilio; todas las mujeres del barrio le mandaban que hiciese esto ó aquello, pero nadie se cuidaba de pagarle en dinero, gracias que alguna mujer caritativa le solia sentar á su mesa, y en las casas donde llevaba arena le daban con frecuencia pedazos de pan.

Isidrin era filósofo; jamás se impacientaba, jamás ponía mal gesto cuando se le decia: —No hace falta arena.—Otro día será, contestaba sonriéndose.

Por oírle hablar, porque tenia ocurrencias muy felices, muchas veces le haciamos entrar diciéndole: —Siéntate, hombre, que te conviene reposar.

—Ya tendré tiempo de estar sentado, nos dijo un día con voz melancólica, cosa extraña en él, porque siempre cantaba como un pajarillo en primavera. Al oír su contestación le miramos fijamente y observamos que sus ojos no brillaban como de costumbre.

—¿Por qué?— le dijimos —¿Piensas cambiar de vida?

—No sé, pero hace dos noches he soñado, es decir, he visto caer el paredón de una casa muy grande; acudió mucha gente y sacaron de entre los escombros dos niños con la cabeza aplastada y todos llenos de sangre; yo me acerqué á mirarlos y me encontré que mi compañero Gasparín estaba muerto y yo también.

—¿Qué disparates estás diciendo, muchacho? ¿Pues si estabas muerto cómo podías verte?

—No lo sé; pero yo me ví, y me ha dicho la señora Juana á quien yo se lo conté, que es muy mala señal y que eso quiere decir que me moriré pronto.

—No hagas caso, chiquillo; esas son tonterías.

—No crea V. que á mí me dé miedo el morirme; así como así, le miran á uno tan mal... Peor miran á un pobre que á un perro.

—En parte tienes razón.

—Vaya si la tengo! Mire V., ayer me iban á meter en la cárcel, y gracias á una buena idea que yo tuve la semana pasada, que sino... á estas horas ya estaria á la *sombra*.

—¿Pues qué te pasó? cuéntame.

—Verá V.; yo voy á una casa donde me queria mucho la cocinera, que me hacia entrar en la cocina y siempre me daba cositas buenas. Ayer la señora notó la falta de un cucharón de plata, y cuando yo llegué, la misma señora salió y me dijo que si no devolvía lo que habia robado me haria prender. Yo me quedé como quien ve visiones; quise hablar y no me dejaron; hasta la cocinera se puso contra

mi, y crea V. que eso fué lo que sentí más ; llamaron al portero y le dijeron que fuera por dos municipales para prenderme. Yo al oír esto comencé á gritar ; la señora gritó más que yo ; las criadas me querían pegar, y se armó tanto ruido que salieron los vecinos á la escalera y al enterarse de lo que había, una señora me cogió y me dijo : —Que vengan á prenderte á mi casa ; yo diré quién eres. En esto subieron tres municipales y mi protectora les dijo : —Este infeliz es inocente ; hace una semana que yo le di alguna ropa vieja y entre ella había una levita de mi marido, y aquel mismo día volvió Isidrin para entregarme dos monedas de á cuatro duros que había encontrado entre los forros, y el que devuelve dinero hallado en una prenda que le han entregado para hacer de ella lo que quiera, no es capaz de robar ; este infeliz no tiene más delito que ser pobre y no tener calor de nadie. Los municipales le dieron la razón y me dejaron libre ; ¿y querrá V. creer que desde ayer estoy que no sé avenirme á que me creyeran ladrón... yo que estoy tan lejos de eso... que vivo tan contento con mi suerte... y ya ve V. que quien más pobre que yo? Pero nunca, nunca he pensado en apropiarme lo ajeno ; no, lo que es ahora no quiero entrar en ninguna casa ; no sea que otra vez me acusen y no tenga quien me defienda.

Seguimos viendo á Isidrin durante un mes, y notamos en su rostro la huella indeleble de una honda tristeza, confesándonos él mismo que no se podía avenir á que le hubieran acusado de ladrón.

Pasaron cinco días y leímos en *La Correspondencia de España* que habían caído dos paredones de una casa en construcción, causando la muerte de dos pobres niños que se habían guarecido del viento y de la lluvia en dicho lugar ; al leer tal noticia nos acordamos de Isidrin, y dijimos con tristeza : — ¿Si se habrá realizado su sueño? Y efectivamente se realizó ; porque el pobre niño no volvió á parecer ; preguntamos á otros areneros y nos dijeron que Isidrin y su compañero Gasparin habían muerto por el derrumbamiento de una casa. . . . .

¡Qué triste vida ! ¡Qué triste fin ! . . . . .

Al terminar las anteriores líneas sentimos el fluído de un espíritu, y él nos inspira lo que escribimos á continuación.

«¡Pobre mendigo de la Tierra ! Hora es ya que consagres tus recuerdos á esos seres desgraciados que no encuentran una sonrisa al nacer, ni les sigue un suspiro al morir.

» ¡Triste es la miseria ! ¡Muy triste !... Porque es resultado de grandes desaciertos. ¡Qué solos viven los pobres en esa tierra ! ¡Qué humillados ! ¡Qué despreciados ! Si supieran los malos ricos las fatales consecuencias que trae para el espíritu el despotismo, la dureza y la indiferencia glacial, ¡cuán distinto sería su proceder !

» Vosotros, los que estais iniciados en la verdad, los que sabeis que el alma

vive siempre, no os canseis de repetir que el mal rico de hoy es el pobre de mañana; que el que humilla sin piedad, será humillado sin compasión; que el que acusa será acusado, que el que murmura será murmurado, que el que maldice será maldecido, que toda la tierra que se amontona para arrojarla sobre un inocente, toda caerá sobre el que la amontone sin perderse ni un solo grano.

»Compadeced á los pobres, porque llevan muchos siglos de mendicidad; mendigos fueron cuando vistieron púrpura y cuando de limosna recogieron algunos harapos; hay espíritus tan degradados, que son pordioseros cuando llevan la tiara y cuando se cubren con el capucho del mendigo.

»Tus reflexiones sobre la miseria han sido imán para mí, que fui pobre en la tierra y me ví muy humillado en medio de horrosas privaciones.

»¡Cuánta fuerza de voluntad se necesita para no caer! ¡Viven tan solos los pobres! ¡Compadecedlos! ¡Ayudadles á llevar su cruz! ¡Endulzad las horas de su vida! ¡Son tan amargas!...

»¡Pobre mendigo que vives solitario sin propio hogar! ¡Cuenta las historias de tus compañeros de infortunio, que ayer lo fueron de tus desaciertos!

»Comienza á despertar de tu profundo letargo, estudia en el libro de la miseria los misterios del pasado, las anomalías del presente y las esperanzas del porvenir.

»No desmayes aunque las espinas se claven en tu corazón.

»No desfallezcas aunque el desengaño te ofrezca su amargo licor.

»Levántate aunque caigas en la calle de la *Amargura* una y otra vez, que tus caídas si las soportas con paciencia serán las rosas que mañana exhalarán su esencia para ti.

»Sondea la llaga de la miseria, límpiala cuidadosamente, aplícale el bálsamo de la resignación y de la humildad, y si de enfermo te conviertes en médico habrás conseguido en tu pobreza purificar tu espíritu y mañana entrarás en otros mundos para seguir tu eterna peregrinación.»

Seguiremos fielmente los consejos de nuestro amigo invisible; de enfermo nos convertiremos en médico, á ver si conseguimos volver á la tierra en mejores condiciones, que por esta vez nuestra existencia ha sido muy triste. *¡Qué solos viven los pobres!*

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## NUESTROS DESATINOS

---

Damos á nuestros lectores un extracto del último capítulo de un libro que acaba de publicar el autor de los *Grandes misterios*, y de las *Cosas del otro mun-*

do, el cual está llamado, como sus predecesores, á figurar en todas las bibliotecas espiritistas.

En este libro, titulado «Nuestros desatinos», Mr. Eugenio Nus no coge esta vez el toro por las astas. Las soluciones espiritistas quedan sobreentendidas, á fin de no asustar al público que tiene miedo á las palabras, y de atraerle, á pesar suyo, á las ideas.

Volveremos á hablar en nuestro próximo número de esta obra humorística, limitándonos hoy á anunciarla por medio de esta citación que dará una idea de su espíritu y de su forma á aquellos amigos nuestros que no hayan podido asistir á la lectura dada por el autor en los salones de la «Sociedad de estudios psicológicos», en medio de los aplausos y risas del auditorio.

## LA GRAN REVISTA DE LA RAZÓN

La Razón suprema habita, como todo el mundo sabe, la esfera central del mundo espiritual, ó sea del mundo ideal, al cual se puede igualmente llamar muy bien el mundo sobrenatural, puesto que está por cima de nuestra naturaleza que se compone de todo aquello que conocemos, que por cierto no es gran cosa.

Aquí hay un grande error que pide ser rectificado, dado caso que haya error que pueda pedir semejante cosa. La mayor parte de los hombres no comprenden las palabras que dicen, é imaginan generalmente que *sobrenatural* quiere decir *contranatural*.

Ahora bien, la palabra *contranatural* carece incontestablemente de significado alguno, puesto que siendo la naturaleza todo lo que es, lo contrario sería todo lo que no es; es decir, absolutamente nada.

Esto no impide que mucha gente crea en lo sobrenatural, al mismo tiempo que lo proclama *contranatural*. Otros que se consideran más cuerdos, siendo por lo contrario más locos, declaran, por su parte, que lo sobrenatural no existe. En otros términos: tienen la jactancia de afirmar que el rinconcito de tierra que conocen es toda la naturaleza, y que encima, debajo y al lado de este rinconcito, no hay más que la nada.

Este segundo disparate aventaja al primero, tanto como la vanidosa pretensión á la simple sencillez.

Por más que cada día se les pruebe que no tienen sentido común presentándoles un nuevo descubrimiento que les obliga, de grado ó por fuerza, á hacer retroceder los límites que pretendían imponer á lo que llaman la naturaleza.

En vano se les hace observar que natural y sobrenatural son completamente relativos, y dependen completamente del alcance de los sentidos, de las facultades y del entendimiento de cada cual.

Que, por ejemplo, sin la invención del microscopio, las maravillas de lo infi-

nitamente pequeño, de las cuales evidentemente no hacemos más que rozar la superficie con nuestros groseros lentes de arena, serian consideradas como cuentos de las *Mil y una noches* por todas las corporaciones sabias del globo, y sin vacilación mandarían á su revelador á una casa de orates.

Que nada prueba que no pueda alcanzarse algún día un procedimiento imprevisto aún para penetrar en otras partes de la Naturaleza, actualmente fuera de nuestro alcance.

Esa buena gente continúa á más y mejor negando á pié juntillas todo cuanto traspasa la medida de su compás y los límites de su inteligencia.

El hombre es así y no quiere cambiar, lo cual felizmente no impide que cambie sin cesar, burlándose de la necedad de sus padres, como las generaciones futuras se burlarán de la necedad de sus predecesores.

Así, pues, la Razón suprema, desde el foco central de donde derrama su luz sobre todos los mundos, quiso saber lo que había hecho nuestro pequeño planeta de la chispa de inteligencia que le fué encendida en la distribución general.

La Razón suprema procede así de tiempo en tiempo, ya sobre un punto, ya sobre otro, á ese empadronamiento puramente intelectual, por medio de una operación sumamente sencilla. Sin moverse de su residencia, lanza una corriente magnética etérea sobre el globo que juzga conveniente examinar, y todas las ideas esparcidas sobre ese globo responden inmediatamente al llamamiento. Es, pues, sencillamente, la telefonía espiritual.

Después de esta revista de las concepciones más ó menos ridículas ó más ó menos sensatas que producen sobre cada globo las vacilaciones de la inteligencia encerradas en la materia, la Razón suprema hace redactar á su secretario, el Buen Sentido, un informe que ella rectifica, si es necesario, quedando en seguida depositado en los archivos de la vida universal, donde los Espiritus estudiosos van á compulsar la historia de la generación de los mundos.

Por lo demás, el Buen Sentido, acostumbrado á este trabajo desde el principio de la eternidad que jamás principió, lo desempeña de un modo muy notable, suprimiendo los detalles ociosos, insistiendo en los puntos esenciales y resumiendo en un estilo sobrio y claro las divagaciones más incoherentes y las más enredadas discusiones.

Creemos que la siguiente traducción en lenguaje humano del informe redactado por el Buen Sentido sobre el estado mental de este mundo, según el inventario que de él hizo la Razón suprema, en la forma que acabamos de explicar, el 31 Octubre 1882, será del agrado de las poblaciones de nuestro globo.

Helo aquí, tal como lo leyó á su augusta señora con las notas, observaciones y aditamentos hechos por ésta durante la lectura:

## Informe sobre las ideas, usos y costumbres del planeta la Tierra

*De veintidos millones ciento veinticinco mil ochocientos cincuenta y cuatro años y diez días de edad, perteneciente al torbellino del sol amarillo de tercer orden inscrito con el número 7.324,746, en la trigésima segunda región del sexagésimo círculo, llamado vulgarmente «vía láctea».*

«Este planeta, atrasado en su desarrollo por un vicio de constitución, atribuido generalmente á un estado enfermizo del sol que lo llevaba en sus entrañas, no ha salido aún de la primera infancia. La especie, llamada humana, que debe ser la expresión de su vida moral, no cuenta más que unos doscientos mil años de existencia. Puramente animal, bajo muchos aspectos, esta especie no ha llegado aún á tener pleno conocimiento de sí misma. Hace, á lo sumo, trescientos siglos que ha intentado en algunos puntos de su globo algunos ensayos de organización.

»No puede decirse que haya adelantado mucho desde esa época. Con corta diferencia, lo que se sabe del pasado se parece mucho á lo que se hace en el presente. Los Estados, como los individuos, en poco más piensan que en enviarse, arruinarse y ultrajarse recíprocamente. Mas algunos de estos últimos, maltratados, á la verdad, por los demás, empiezan á comprender que las riquezas, las fuerzas y las actividades empleadas en estas luchas que á nada conducen, bastarían para corregir en poco tiempo las imperfecciones del planeta, cuya corteza está en su mayor parte cubierta de desiertos polvorientos, de pantanos mefíticos y de selvas impenetrables, donde pululan toda clase de animales inmundos y dañinos, y abrirían así nuevos países y fértiles inmensidades á esas naciones que se disputan entre sí un mal pedazo de terreno y se ingenian para no tener hijos no sabiendo cómo alimentarlos.

»No obstante, los relámpagos de sentido común que brotan aquí y allí en algunos cerebros de esa pequeña humanidad, dan lugar á esperar que se halla próxima al término de su fase bestial y que podrá, dentro de algún tiempo, formar una individualidad presentable en el concierto de los mundos vecinos, en el cual no ha tenido acceso hasta ahora.»

—Añadid, dijo la Razón suprema, que esa es también la esperanza del Padre eterno, quien se ha dignado recientemente echar una mirada sobre ese infimo globo y recomendarlo á mi atención.

—En eso reconozco bien, dijo el Buen Sentido, escribiendo esta nota en el margen de su informe, la solicitud infinita del Criador de todas las cosas.

Continuó su lectura:

«No podemos, sin embargo, disimularnos que, para alcanzar este resultado, esa especie tiene que llevar á cabo todo género de progresos, pues sus ideas ge-

nerales y particulares, así como las instituciones que de ellas derivan, dejan mucho que desear.»

— Ya habeis indicado eso muy suficientemente algunas líneas más arriba. Buen Sentido, amigo mío, no seais machaca: ya sabeis que este es vuestro mayor defecto.

Sin manifestar el menor desagrado por esta fraterna, merecida, á la verdad, el relator prosiguió :

— «Las primeras ideas que respondieron á nuestro llamamiento fueron las llamadas filosóficas. Filósofo, en la lengua de ese planeta, es una palabra compuesta que significa «amante de la sabiduría». Amor puramente platónico, pues raras veces es correspondido. Á menos que no haya muchas clases de sabiduría como hay muchas clases de locura, preconizando cada cual la suya y denigrando la de los demás, al contrario de los usos matrimoniales que rigen en los principales países de dicho globo, en el cual se prefiere generalmente á la propia mujer la ajena.»

— Hubierais podido suprimir esta chanza de no muy buen gusto en un informe que debe presentarse á los más altos dignatarios del empireo, dijo la Razón suprema: Continudad ! no borreis ! no acabaríamos nunca.

«Dando á esta palabra una interpretación tan extensa como abusiva, prosiguió el secretario, los habitantes de la Tierra han acabado por darle una multitud de significados, de los cuales queda completamente excluida la filosofía, como lo prueban las ideas estrafalarias que bajo el título de filosofías han desfilado ante nosotros, esforzándose todas en explicar á su manera el origen y la razón de las cosas. Á tal extremo se lleva en ese pequeño mundo la manía de filosofar, que aquellos mismos que condenan toda clase de filosofía, hacen una filosofía para demostrar que no debe haberla.

»Es, pues, extremadamente difícil enumerar la cantidad de doctrinas, sistemas, escuelas y sectas que hemos examinado durante el curso de esta exploración.

»Estas filosofías diversas y divertidas, cuando no vierten un aburrimiento mortal, cosa que les sucede con frecuencia, se dividen, al primer aspecto, en dos grandes troncos adornados de ramas y ramitas que se cruzan, se alejan, se acercan, se confunden, se dividen y se subdividen hasta lo infinito, partiendo de principios diferentes para llegar al mismo fin, ó llegando á resultados opuestos partiendo de los mismos principios, á saber: el espiritualismo que no ve más que el espíritu en todas partes, y el materialismo que no admite más que la materia. Hay una tercera categoría que lo explica todo por medio de las fuerzas, excepto aquellas que no explica.

» Esos son los dinamistas. Hay el dinamismo materialista, espiritualista, atomista teista, panteista, animista, naturalista y duodinamista. Para algunos de

ellos, las fuerzas son ideas; para otros son, por lo contrario, completamente ciegas. Por último, algunos que quieren conciliar las opiniones, conceden que las fuerzas son pensamientos, pero pensamientos que no piensan.

» Esa concepción de la materia que crea el espíritu por medio de la transformación de fuerzas ciegas, es una de las que nos han causado mayor asombro. ¿Por dónde se les ha podido ocurrir á esos filósofos la extraña idea de suponer atacadas de tal dolencia á las fuerzas originarias de la vida? ¿Ó están hasta tal punto convencidos de su propia ceguera que se niegan á admitir que una causa perspicaz haya podido producir semejante obcecación? Esta hipótesis probaría que la modestia no les es desconocida, pero nada ha venido á demostrar su verosimilitud.

» Una doctrina completamente opuesta, pero no menos despreciable, ha llamado también nuestra atención. Esta no se contenta con negar todo poder á la materia; niega la materia misma. Para los adeptos de esta escuela que se titula idealista, todo cuanto creen ver, oír y tocar, no existe más que en su entendimiento.

» La mayor parte de los hombres se figuran que hay fuera de ellos y alrededor de ellos, casas, campos, prados, bosques, ríos, animales, y aun hombres más ó menos semejantes suyos. Pues es el más grosero de todos los errores. Fuera de ellos y alrededor de ellos no hay nada. Esas casas, esos animales y esas gentes, no existen más que porque ellos lo piensan. Tal se figura estar en un bosque ó en una montaña sin sospechar que el tal bosque ó la tal montaña no existen más que en sus ojos. Ó por mejor decir, todo está en sus ojos, que por otra parte, son igualmente imaginarios, supuesto que son órganos materiales, y que la materia no existe.

» Dignos adversarios son estos de los partidarios de las fuerzas ciegas. Mas como la razón no tiene ningún pretexto para intervenir en esta lucha, hemos dejado al materialismo y al idealismo batirse en campo cerrado bajo la vigilancia del alienismo, el cual se encarga de recoger los heridos y enterrar los muertos.

» Luégo hemos interrogado sucesivamente al animismo, al vitalismo, al racionalismo, al organicismo, al criticismo, al dualismo, al ocasionalismo, al naturalismo, al determinismo, al fatalismo, al realismo, al empirismo, al mecanicismo, al panenteísmo, que no hay que confundir con el panteísmo, y, por último, al pesimismo que conduce al nihilismo.

» Esta última doctrina que procede á la vez del dinamismo y del materialismo, ofrece de pronto á las miradas poco ejercitadas un ligero tinte de espiritua-  
lismo.

» En efecto: según el sistema pesimista, muy recientemente salido á la luz en un país llamado «Alemania», cuyo suelo es privilegiado para este género de producciones, la vida nace de la voluntad. Pero tranquilícense los partidarios de las

fuerzas ciegas. Esta voluntad, lejos de saber lo que quiere, ni siquiera sabe que quiere algo, en lo cual se diferencia poco del pensamiento que no piensa, y es enteramente semejante á la fuerza que no ve gota.

» Sin embargo, buscando bien, los pesimistas han acabado por descubrir la voluntad de esa voluntad que se ignora. La voluntad de esta voluntad es vivir, prueba irrefutable de su completa inconciencia y de su ceguedad absoluta; pues siendo la vida el mal, esto es, una sucesión sin término de luchas, de decepciones, de disgustos y de miserias, querer vivir no puede ser más que el producto de una voluntad desprovista de toda clase de intelecto.

» Á este mal que se remonta hasta el origen mismo de las cosas, los pesimistas no ven otro remedio que volver á entrar en la nada. Pero no es tan fácil anondarse como parece. El suicidio que, á primera vista, parece ser un procedimiento suficiente para obtener este resultado, es, por lo contrario, completamente ineficaz. El hombre que se mata, huye del dolor y no de la vida. El suicidio, lejos de ser la negación de querer vivir, es su más enérgica afirmación. No es la vida lo que hay que destruir; es la voluntad de vivir. Sin lo cual, el sér renacerá siempre bajo el impulso de esa voluntad.

» Para alcanzar ese objeto, sólo son posibles y prácticos los medios metafísicos. Siendo el cuerpo la voluntad visible, cada cual debe negar su cuerpo por medio del ascetismo, y suprimir la especie practicando la castidad.

» Porque, dice el fundador de esa filosofía, así como en la satisfacción del apetito sexual se afirma la voluntad de vivir, del mismo modo el ascetismo, impidiendo la satisfacción de ese apetito, niega la voluntad de vivir y demuestra de esta manera que con la vida del cuerpo, la voluntad de la cual es la apariencia, cesa también de existir.

» Hemos dado cuenta á la Naturaleza de este sistema que tiende nada menos que á trastornar todas sus leyes. Nos ha respondido con la lista de los nacimientos legítimos é ilegítimos que se extiende diariamente en el país mismo en que florece esta doctrina. Esta estadística nos ha demostrado suficientemente las pocas disposiciones que tienen las jóvenes alemanas para practicar los procedimientos metafísicos. Las desgraciadas que creen amar por su propia cuenta, no sospechan que no son más que el instrumento de la voluntad de vivir del individuo que se ponen en el caso de procrear. Es verdad que aunque lo sospechasen, sucedería probablemente lo mismo.»

— ¿Y por qué, dijo la Razón suprema, no se habla á propósito de esto, más que de las jóvenes alemanas? Se me figura que los alemanes, jóvenes ó viejos, tienen en ello alguna parte.

— Tanto más, repuso el Buen Sentido, cuanto que en ese globo parece que son los hombres los que empiezan. Pero como, por lo regular, tan luégo como han afirmado suficientemente su voluntad de vivir, dejan todo por cuenta de las

mujeres, hasta los niños, he creído deber atribuir á éstas el honor de la reproducción de la especie.

— ¡Continuad! dijo la Razón.

— Los pesimistas, repuso el Buen Sentido, al igual que los filósofos de todas las sectas, no están completamente de acuerdo. El inventor de este sistema había dicho que este mundo es el peor de todos los mundos posibles.

— «Al contrario, declara su principal discípulo, este mundo es el mejor de todos los mundos; no hay más sino que es absolutamente malo. Habiendo sido creado por una voluntad, se deduce que esta voluntad es absolutamente mala, y, ¿qué puede ser una voluntad absolutamente mala sino el diablo en persona? Así, pues, este mundo no ha sido creado por Dios sino por el diablo; ó más bien, Dios es el diablo.»

— Añadid, dijo la Razón suprema, que todo eso no vale un diablo. Habeis dado demasiada importancia á esos desahogos de espíritus mal humorados ó de cerebros enfermos, que ni siquiera tienen el mérito de la novedad, pues se encuentran desde hace veinte siglos en los escritos de sus antepasados, en ese país llamado la India, cuna de todas las filosofías y religiones. Los conventos budhistas y cristianos, el celibato de las monjas y de los frailes, no son otra cosa que la práctica de esta aberración, y esas gentes que tanto han dado en qué pensar al Padre Eterno, mirándose el ombligo, no se entregan á esa contemplación más que para alcanzar el anonadamiento de la voluntad embruteciéndose por medio del éxtasis.

— Á lo menos, dijo el Buen Sentido, esos quieren absorberse en Dios y no dicen que es el diablo.

— Absorberse en Dios alcanzando la perfección por medio del embrutecimiento del cuerpo y del espíritu es otro absurdo. Es muy singular que todas las locuras esparcidas por la inmensidad se hayan dado cita en ese extremo de la tierra. ¡No falta ni una !....»

Después de haber presentado la memoria del estado mental del espiritismo propiamente dicho, el autor hace discurrir así al Buen Sentido y á la Razón suprema:

— Queda, respondió el Buen Sentido, la filosofía que prohíbe filosofar.

— ¡Adelante! dijo la Razón suprema.

El Buen sentido limpió sus anteojos y entró en la cuestión de la filosofía positiva.

La filosofía que prohíbe filosofar debería principiar por dar el ejemplo y suprimir previamente su título en el cual se le ha ocurrido unir dos palabras que no estarán poco sorprendidas de verse juntas. La invención de una filosofía positiva era la única que faltaba á la colección de las aberraciones mentales que este planeta tiene por misión hacer florecer. Esperemos que sus físicos lo dota-

rán pronto con una sequedad húmeda y sus químicos con un sólido gaseoso. Filosofía y positivismo forman un conjunto poco más ó menos por el estilo. Lo que es positivo nada tiene de filosófico, y lo que es filosófico tiene aún mucho menos de positivo. No se puede llamar positivos más que á los hechos sometidos á experiencia. Cuando filosofáis sobre estos hechos, razonáis ó disparatáis como en todas las filosofías posibles, pero no experimentais.

El positivismo no es pues más que una filosofía que no es más positiva que otra. La prueba de que no es otra cosa, es que hay muchos positivismos, y que aun en cada positivismo, los positivistas no se entienden. No hay más sino que estos filósofos no miran como filosóficas sino ciertas cosas que conceden, y prohíben á los demás filósofos que filosofen sobre las cosas que ellos no conceden, declarando que estas últimas son inaccesibles y trazando á los pasos ajenos un límite que tiene por medida la elasticidad de su propio músculo locomotor. Por lo cual un idealista desenfrenado les hizo observar un día, no sin alguna razón, que el tener las piernas paralizadas no es motivo suficiente para cortar las corvas del prójimo.

En suma, esta filosofía no se distingue de sus congéneres sino por el tono pedante que le es peculiar. En el campo limitado en que anda saltando á la cozcujita, no se da menos torcidas de pié que las demás, siendo mucho menos entretenida que los acróbatas más ágiles que dan el salto mortal sobre el trampolín de lo desconocido.

Donde difiere completamente de las extravagancias que lo rodean, es cuando pasa de la filosofía á la religión.

«Habiendo reconocido en el estudio de la historia, que los pueblos de todos los tiempos y de todos los países, sienten la necesidad de procurarse, no importa dónde, una divinidad á quien incensar, el inventor del positivismo, penetrado de la necesidad de un culto, pero bien resuelto á no buscar en las profundidades de lo incognoscible donde, hasta su época, habían ido los hombres á proveerse de dioses, buscó cerca de sí una divinidad positiva. No encontrando en el mundo positivo nada superior á la especie de que formaba parte, vió claramente no tenía otro Dios que sí mismo, y queriendo á todo trance adorar algo, no podía hacer nada mejor que adorarse. Instituyó pues el culto de la humanidad, dirigiéndose y recibiendo sus propios homenajes. Humanidad ideal, no hay que decirlo, despojada de los vicios que posee y adornada de todas las virtudes que no la adornan. Halló este tipo en la persona de su cocinera, quien, por una excepción que hubiera llamado providencial si hubiese creído en la Providencia, ofrecía á su vista el conjunto armonioso de las más sublimes perfecciones. Por desgracia, no todos sus discípulos consideraron bajo el mismo aspecto á la benemérita artista culinaria, lo cual originó un cisma en la iglesia que, á semejanza de todas las religiones destinadas á establecer la unidad en la tierra, cuenta ya positivistas or-

todoxos y positivistas cismáticos. Lo cual, por lo demás, no impedirá que las razas humanas, negras, blancas, rojas y amarillas se inciensen, se admiren y se adoren hasta la consumación de sus siglos, de una manera ó de otra, no habiendo esperado ninguna de ellas el advenimiento del positivismo para entregarse á ese culto tan natural.

Traducido de la *Revue Spirite* de Diciembre de 1882 por

R. E.

## EJERCICIOS MEDIANÍMICOS

### RECUERDO TRISTE

Venía el crudo invierno,  
los árboles perdían  
su verdor:

las flores se tronchaban  
del viento que bramaba  
con furor.

Yo contemplaba absorto  
las hojas que arrastraba  
el vendabal;

y templando mi lira  
busqué un triste consuelo  
para mi mal.

Empezaba mi canto  
cuando una golondrina  
vino á pasar

junto al sitio en que estaba,  
y allá á lejanas tierras  
iba á volar.

La miré con tristeza  
y del pecho un suspiro  
se me escapó.

¡Sola cruzaba el mundo!  
Sola también, cual ella,

estaba yo.

Quizá del tierno amante  
la muerte había visto  
llena de horror;  
y ahora sin consuelo  
nada encuentra que alivie  
su gran dolor.

Entristecime mucho;  
el ave que un segundo  
revolar ví;

al menos recordaba  
que un tiempo la quisieron!...  
¿Pero y á mí?

Y oí una voz lejana  
más dulce que el arrullo  
del ruiseñor,  
que dijo con ternura  
estas cuatro palabras  
llenas de amor:

Espera resignada  
que pronto de la tierra  
el límite verás;  
y en mundos de ventura  
de paz y de armonía  
dichosa morarás.

## LA FELICIDAD

---

¿Cuál es el ave que pasa  
deslumbrante de belleza  
irguiendo hermosa cabeza  
más rica que la ilusión?  
¡Ay! es ave que en la tierra  
muy poco muestra sus galas  
pues desplegando sus alas  
se aleja de esta mansión.

El color de su plumaje  
es dorado blanco y rosa,  
de cola larga y preciosa  
que lleva con majestad;  
y de muy lejos nos mira  
con sentimiento profundo:  
es la reina que en el mundo  
la llaman Felicidad.

Quien tiene una de sus plumas,  
feliz ya se considera.  
¡Quién tenerla toda entera

17 Diciembre 1882,

podiera un día alcanzar!  
¡Qué mortal tan venturoso  
sería quien la guardara!  
Todo el orbe ambicionara  
tamaña dicha alcanzar.

Mas ella vuela en lugares  
de vuestra tierra muy lejos,  
sólo veis cortos reflejos  
de tan divina visión;  
pues nunca tuvo su asiento  
donde la envidia reinara.  
¡Solo al veros se alejaba  
de tan oscura prisión!

Desechad, pues, de vosotros  
vicios y malas pasiones,  
y no habrá las tentaciones  
que ahora os hacen caer;  
y así, después de algún tiempo  
será vuestro triste suelo,  
no lugar de horror ni duelo  
sino de amor y placer.

---

## LUZ Y SOMBRAS.

---

La sombra: hé aquí una palabra muy vulgar en la tierra y que casi todos tropezamos con ella. Cuando el hombre quiere ensanchar el vuelo de sus ideas y ver más claro con la luz de su inteligencia, se encuentra sumido en las tinieblas de su ignorancia.

La sombra, cual si fuera otro cuerpo, nos envuelve con su fluido y nos impide ver muchas cosas, que sin ello podría nuestra razón dilatarse más y ver más claro con los ojos de nuestra propia inteligencia. Así, pues, procurad ahuyentar tal enemigo del progreso, y si lograis conseguirlo por medio del estudio y de la práctica, podreis un día no lejano, marchar impulsados por el soplo de la civilización y llegar á ver la luz que tanto deseais.

Barcelona, Medium P. R.

\*\*\*

## VARIEDADES

### La mujer dormida del Hospital Beaujón, de París

(Conclusion)

Las últimas noticias que hemos recibido de París dicen que la desgraciada joven despertó después de la escena de la madre, llorando mucho y sin articular una sola palabra. Volvió á dormirse y despertó por la mañana temprano, tomando por primera vez algún alimento sólido.

Aunque no ha recobrado aún el uso de la palabra, créese que la crisis toca á su término.

La enferma se llama María Victoria Flora.

Las noticias que ayer recibimos acerca del estado de la letárgica son más satisfactorias, pues continúa la mejoría, creyéndose que podrá volver al uso completo de sus sentidos y sus miembros.

Todo el mundo ha dicho que la enferma está en un estado letárgico, inclinándose á creer que cayó en un estado de torpeza y de inercia tal que todos los órganos, que todos los miembros, entumecidos, paralizados, se encuentran en la más absoluta imposibilidad de funcionar.

En efecto, aunque despertó de su largo sueño, no ha podido manifestar aún de una manera clara su voluntad; sus ojos abiertos permanecen siempre fijos; no puede ni mirar á derecha ni á izquierda. Cuando se la llama no hace el menor gesto ni contracción para poder creer que ha oído, y sin embargo, no cabe duda de que oye.

— Abrid la boca — le ha dicho el médico.

Y la enferma se veía que quería hacer un esfuerzo para obedecer al doctor.

Queriendo también confirmar si su nombre era María, como lo afirma la titerera que dice ser su madre, el doctor Millard la dijo:

— Si os llamais María, apretad la mano.

Se veía entonces que los dedos de la pobre enferma se doblaban á fin de intentar que el doctor comprendiese que quería apretarle la mano. Durante este tiempo su rostro se coloreaba sensiblemente.

El viernes por la mañana comió con más facilidad que el día anterior.

Puede sostener el plato con las dos manos. La sensibilidad que había desaparecido completamente, va volviendo sobre todas las partes de su cuerpo. Cuando se le pincha ó se le pellizca, parece sentir y da á entenderlo con un ligero gemido gutural.

Los médicos y los sabios afluyen acerca de la enferma, cuyo caso singular y nuevo estudian con avidez.

La que se dice madre de la enferma y debe serlo por los datos que se reúnen, dijo que recordaba que su hija debía tener en un brazo una pequeña cicatriz. Los médicos, que no se habían fijado en ello, han reconocido detenidamente á la enferma, y efectivamente tiene la cicatriz.

Hasta tanto que la hija pueda hablar, la madre no se aleja de los alrededores de París, y con su carrito-habitación anda por los pueblós inmediatos trabajando de saltimbanquis.

## CONTINUACIÓN DE LAS SENTENCIAS Y AFORISMOS DEL SABIO CADOC.

### VI.—CONSEJOS.

- No te fies de quien te amenaza.
- No creas en el que te ha adulado.
- No pidas buen consejo á la cólera.
- No te alies con los malvados.
- No busques gozo sin sonrisa.
- No busques diversión con un anciano enfermo.
- No esperes provecho de la pereza.
- No busques prudencia en grandes vanidades.
- No busques provecho en la limosna.
- No esperes éxito de la negligencia.
- No busques paz en la desobediencia.
- No busques justicia más que en la concordia.
- No busques agradecimiento negando un favor.
- No busques en un buque vacío más que lo que contiene.
- No esperes ser respetado con malas costumbres.
- No busques seguridad en la injusticia.
- No esperes amor en reciprocidad del orgullo.
- No busques dignidad en el vulgar libertinaje.
- No bromees con tus enemigos.
- No busques alabanza por una contestación larga.
- No busques un buen término á una larga opresión.
- No busques prosperidad donde nadie pone todo lo que puede de su parte.
- No luches con aquel que te aventaja de mucho.
- No esperes la verdad de un hombre que viene de muy lejos.
- No encargues una misión prolongada á un hombre duro y desagradable.

No te asocies para el peligro á un compañero miedoso.

No busques la alegría de tu alma más que en la justicia.

No busques nunca lo que no agrada á Dios.

#### VII. — OTROS CONSEJOS.

Si quieres ser sabio habla poco, afectuosa, lenta y prudentemente.

No vayas más que al consejo á que fueres invitado: no empieces á hablar hasta haberte tomado el tiempo de escuchar; habla con seriedad y no pronuncies palabras desagradables ú ofensivas.

No pronuncies más que las palabras adecuadas á las circunstancias, y que se refieran á la paz, á la benevolencia y á la justicia; no hables más que para esclarecer los principios de un buen gobierno; y procura ante todo agradar á Dios, y después á los hombres.

Sigue este consejo con madurez, y te otorgarán el primer lugar entre los sabios.

#### VIII. — VERDADES.

No hay palabra verdadera sin alabanza á Dios.

No hay palabra mentirosa sin engaño y fraude.

No hay acción buena sin recompensa.

No hay acción mala sin castigo.

No hay fiereza sin rebajamiento.

No hay humildad sin elevación,

No hay pompa sin fin vergonzoso.

No hay hombre cortés sin respeto.

(Continuará.)

---

## CRÓNICA

---

Hemos tenido que suspender otra vez las comunicaciones *Ecce-Homo* y *Algunas observaciones sobre los sueños*, por enfermedad del medium que las transmitía.

\* \* \* Y ¡AY POR QUIÉN VENGA EL ESCÁNDALO!! — Alicante está de enhorabuena y la damos completa á sus moradores, porque á la faz de España y del mundo civilizado da muestras patentes de lo mucho que valen la gran mayoría de sus ilustrados moradores. Sobre Cristo cayeron con furor todos los fariseos de su época, porque Cristo predicaba verdades, descubría á los hipócritas, des-

pedía á los mercaderes del templo y abría los caminos de la regeneración á todos, justos y pecadores; sobre los alicantinos han llovido ahora las organizadas y regimentadas falanges de los fariseos de nuestra época, para sofocar en su noble pecho la idea de libertad y progreso. La hidra reaccionaria ha querido descargar el golpe de gracia sobre ese país hermoso, uno de los más civilizados del antiguo reino valenciano, y el golpe ha caído en su propia cabeza hiriéndola de muerte. Á mediados de Enero, empezaron á dispararse, en Alicante, balas rojas contra la civilización, y lo mejor y más santo fué excomulgado de un modo ridículo, y hoy ya sabe todo el mundo lo que ha pasado en aquella capital y su provincia; los escándalos promovidos por las misiones y predicaciones de los jesuitas han llegado á su colmo, y la prensa sin distinción, el noble pueblo alicantino en masa, ha sacado á los padres de San Ignacio de Loyola por la puerta de los carros. Lo que importa ahora, es que no se metan en otra parte de contrabando como cuando pasaron las fronteras hacia nuestras playas, empujados por la policía francesa.

Un incidente haremos notar á los espiritistas de Alicante. Á mediados de Enero se fulminaba un anatema contra ellos; á mediados de Febrero los excomulgadores eran despedidos de la capital por el clamoreo del pueblo y de la prensa.

\* \* Los entierros civiles, ya no asustan á nadie; la gente se acostumbra pronto á lo que es racional y lógico, así es que ya dejamos de tomar nota de los que se verifican en los pueblos de estas comarcas porque no creemos necesarios más ejemplos para que la venda caiga á los más fanáticos. Hé aquí lo que dice sobre este asunto nuestro colega de Sabadell, *Los Desheredados* :

« ¡Esto despierta de su letargo! Un mes cuenta la *Sociedad de entierros civiles*, y no ha pasado semana sin que se haya verificado alguno. El domingo último tuvo lugar el del niño Antonio Bernabé Pastor.

» El lunes, otro, el de M. M. I. »

» Vayan ustedes sumando las rabetas que tomarán los sotanas. »

---

## ANUNCIOS.

---

Colecciones de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS, desde 1872 hasta 1881, inclusivos: 10 años en 5 tomos, bien encuadernados en pasta, se remitirán en paquetes certificados por el correo, francos de porte, por el ínfimo precio de seis y medio duros. Desde el año 73 en adelante hasta el 81, hay también años sueltos ó colecciones con las mismas ventajas, según el pedido.

---

Establecimiento tipográfico de Fidel Giró, Ausias March, 97.